

LIBROS

Aranguren, un moralista al nivel de los tiempos

Entre las devociones que Jesús Aguirre nunca abandonó está la de Aranguren. Gracias a ello podemos ahora releer (y conservar, que en esto hay que ser conservador) los artículos que Aranguren escribiera en periódicos, editados en libro por Taurus ("La democracia establecida"). Los cincuenta y cinco trabajos del libro se publicaron entre el 11 de julio de 1976 y el 9 de noviembre de 1978. Aparecieron en "La Vanguardia" de Barcelona y en "El País" (iba a poner "de Madrid", pero eso sería achicarlo).

El autor dice: "Pueden ser leídos, pues, como una crónica intelectual de la gestión —y no-gestión— del Gobierno Suárez, desde su nombramiento hasta el referéndum para la aprobación popular de la Constitución". Y añade: "También, menos circunstancialmente, como una concepción cultural y moral de la política".

Parece que la primera sería su lectura como artículos, y la segunda como libro unitario. Aunque para los seguidores de Aranguren tal vez la segunda lectura fue la primera. Porque los formados (o deformados, que esa es también una formación) en la Universidad española de los años de penitencia ven siempre en Aranguren antes al moralista que al cronista.

Aranguren es un moralista al nivel de los tiempos. Y no por ser profesor de ética en su vida académica; sino por profesar la ética en su vida toda (la académica, con ducha lustral y colectiva, y la otra). Por eso fue punto de referencia para universitarios, post-graduados y ciudadanos del común. Venían en él a un testigo de su tiempo, a un hombre de talante honrado ajeno a toda obediencia que no fuera la de su propia conciencia. Fiel a una idea del intelectual, cuya misión "no es acercarse al Poder, sino mantenerse independiente, distante de él".

Esa misión se ejerce aquí de manera continua e incorformis-



José Luis Aranguren.

ta, al servicio de una cultura viva y no establecida. Pues a diferencia "de los que dijeron todo entonces y lo siguen diciendo, monótona e imperturbablemen-

te, por los años de los años, reproduciéndose a sí mismos, como si el tiempo se hubiese detenido". Aranguren parece siempre distinto. Acaso por ello se ha dicho que es hombre de transición... ¿Pero es que existe algún hombre que no sea de transición? ¿Qué hacemos en la vida sino transitar, pasar por ella? (Y, además, algunos pasan por todo; y otros, de todo).

Lo que si es Aranguren es un hombre de su tiempo, al nivel de los tiempos o a la altura de las circunstancias.

Y aquí volvemos con la primera lectura, arriba dicha. La del cronista. Aranguren es un extraordinario cronista. Independiente, sin anteojeras, poroso a su circunstancia, de cultura profunda y amplia servida por un estilo funcional y elegante donde nunca está ausente la ironía. (Por cierto, que en esta edición una errata le hace hablar del "ironismo" de "Cuadernos" y Ruiz-Giménez, cuando está claro que habla del "irenismo" de la revista y de D. Joaquín, nuestro máximo representante del "todo el mundo es bueno") ■ VÍCTOR MÁRQUEZ REVIRIEGO.

"Problemas del cristianismo"

Martín es un pensador y un filósofo inteligente y convencidamente católico, a quien difícilmente se le podría catalogar en ninguno de los grupos que dividieron a los católicos españoles en estos años del posconcilio.

Este pequeño y enjundioso libro (1) tiene un gran interés, al salirse de los marcos usuales en los que encerramos las reacciones religiosas de nuestro país. En realidad, lo que hace su autor es, sobre todo, lo que quería Juan XXIII: un "agglomeramiento" de la religión tradicional, de nuestro catolicismo, pero en sus vertientes más inteligentes.

No pidamos, en cambio, a este trabajo un planteamiento erudito progresista (aunque lo sea moderadamente), como —por ejemplo— el del libro de Küng, "Ser cristiano". Tampoco esperemos una obra puntera que nos descu-

(1) Julián Martín: Problemas del cristianismo. Ed. BAC. Madrid, 1978.

SIMPOSIO INTERNACIONAL DE CULTURA EN BURGOS

De un tiempo a esta parte, gracias sobre todo a los esfuerzos de ese gran animador cultural que es Luis Martín Santos, Burgos viene siendo, al menos durante algunos días del año, fecundo lugar de reunión y debate de jóvenes, y no tan jóvenes, filósofos. Nuestros lectores recordarán cómo en estas páginas nos hemos hecho eco de esos encuentros anuales.

En esta ocasión, el lugar de los debates filosóficos será ocupado por otro tipo de discusiones y de análisis, que tendrán como centro "la industria de la cultura y los modelos de la sociedad". Tal es, en efecto, el título del simposio que, organizado por el Comité de Investigación sobre la Comunicación, el Conocimiento y la Cultura de la Asociación Internacional de Sociología (UNESCO), tendrá lugar en la vieja ciudad castellana del 3 al 7 de julio.

Para dar una idea de lo que allí van a tratar los distintos grupos de trabajo que se constituirán, bastará citar algunos de los temas anunciados: "Cultura de masas, popular y de élites"; "Cultura oficial, contracultura y anticultura"; "Cultura transnacional, cultura de Estado, cultura nacionalizada"; "Monopolio, concentración y control de las industrias de la cultura"; "Nuevas tecnologías y nuevos aspectos de los sistemas de comunicación"; "Creación y creatividad".

En cuanto a los participantes, los organizadores del simposio, incluido su presidente, el profesor Vidal Beneyto, nos perdonarán si acogemos la lista ofrecida con cierto escepticismo. Las presencias anunciadas son demasiado brillantes como para que todas se conviertan en realidad. Fijense, si no, en algunos de los nombres: Peter Weiss, Andrej Wajda, Karel Kosik, Vargas Llosa, Peter Handke, L. Sciascia, Edoardo Sanguinetti, Antonio Saura, Volker Schlöndorff, Szajna, Glauber Rocha, Reznais, Penderecki, Antoni Tapiés, Gillo Dorfles, Peter Brook, Cortázar, Anthony Burgess, Juan Goytiso, Graham Greene, Grass... entre los creadores. Y por lo que se refiere a los especialistas: Román Gubern, Rubert de Ventós, Mattelart, Jacques Attali, Herbert Schiller, Dieter Prokop, Vázquez Montalbán... ¿Para qué seguir? Con que al final sólo apareciera la cuarta parte de los citados, la estancia en Burgos durante cuatro días estaría más que justificada.

Sobre todo cuando, al margen de las sesiones de trabajo, hay programadas exposiciones de pintura y arte popular, conciertos de música clásica y contemporánea y representaciones teatrales: entre estas últimas el "Informe para una Academia" a cargo del excelente actor y director escénico José Luis Gómez.

bra un nuevo mediterráneo cristiano. Su contenido podríamos decir que es el de siempre, pero inteligente y retadoramente puesto al día.

Con la firme y didáctica claridad, que es una de las principales características del estilo intelectual de Marías, toca aquí y allá algunos de los puntos que más inquietan a los hombres religiosos —los pocos hombres religiosos— que quedan en el país.

Sin eufemismos, pero sin acritud, va desmenuzando esta problemática tan actual en nuestra geografía, y se muestra reticente —por ejemplo— con ese disolver —según él— el amor de Dios en "un vago amor a los hombres". Alude al desprestigio que ha adquirido la idea de Dios como Padre, por el paternalismo religioso que hemos padecido tantos años, y que —en gran parte— todavía padecemos. Se rebela, del mismo modo, contra el afán —¿un poco o un mucho neurótico?— de certidumbre y seguridad que nos invade obsesivamente en nuestra civilización del poder.

Y, desde el punto de vista intelectual, critica que "la organización de la Iglesia se ha saltado tres siglos de pensamiento moderno". Lo cual ha producido un gran mal, pues los eclesiásticos "nutridos con alimentos intelectuales inadecuados han carecido de anticuerpos". Y, por eso, han caído en todas las modas de última hora, tanto las de ayer como las de hoy. En el siglo XVIII ca-

Julián Marías.



ADIOS A LAS LETRAS

EROTICOS

No hay nada menos erótico que un autor de ciencia-ficción. Bueno, pues allí estaba Juan José Plans habiéndonos de erotismo.

Eugenio d'Ors, antes de usar uniforme de Falange, decía que a las siete de la tarde, en Madrid, o das una conferencia o te la dan.

Después de conocer a Francisco Umbral, el maestro d'Ors, el de las glosas, empezó a pensar en otra frase, que no dejó escrita, pero que permitió que se entreviera: a las siete de la tarde, o hablas de erotismo, o te hablan.

A veces en Madrid no te habla nadie. Es una sociedad con el silencio más sonoro, ese silencio de palmetadas en la espalda que deploraba Larra y que yo deploro, viviendo como vengo de las dubitativas tierras del trópico, donde cuando te encuentras con un ser animado que te pregunta: "¿Y tú, qué tal?". Tú respondes: "Yo, aquí", y te vas para la otra acera.

Una tarde de la semana pasada me hablaron de erotismo. Plans decía: "Eso de qué es erotismo y de qué es pornografía sólo lo sabe Dios". Plans habla con los extraterrestres, de modo que debe tener una noción.

Dios nunca dijo nada del erotismo. Según Moisés, que era el Platón de los montes, fue mucho más tajante y liberal: "Amaos los unos a los otros". Luego vino Arias Salgado y le puso fajas a las majas, que es una manera de poner un monumento al pecado.

La del sexo de los ángeles fue una discusión erótica. Lo que ocurre es que no se persistió en ella, porque una orden —siempre las órdenes acaban con todo— la cercenó. Una orden religiosa vale más que mil palabras.

Una revista de imágenes —"Lui"— es la que dio la semana pasada el famoso cóctel erótico. Yo soy muy mirón. Me fijé en una chica que se parecía a Margaret ex Trudeau. Nadie le decía nada, hasta que José Carlos Arévalo —que es los ojos azules del periodismo de "Lui" ("queremos hacer otra cosa, ya verás, Silvestre")—, le preguntó si en verdad era la inclita separada. "No, soy de Campus". La joven de pelo negro era de la editorial que publicará los relatos eróticos premiados. Allí el único que llevaba en su cuerpo la retórica retro era Enrique Meneses, el director de la revista: "Si seguimos abriendo plicas de famosos, resulta que ha concurrido hasta Pemán". La carcajada fue leve, porque a esa hora ya no se escuchaba mucho en la sala la voz de Meneses, voz que una vez —él

lo recuerda siempre— fue escuchada por otro oído del trópico, Fidel Castro. Saludándole en el exilio estaba Carlos Alberto Montaner, que es el cubano que viste como si estuviera en Cuba, de donde se halla exiliado, presente extrañamente en aquella relación erótica a la que nos convocó "Lui".

El ganador fue Raúl Chávarri, crítico de arte, por un tímido relato que ya he tenido el privilegio de leer. En el periódico tropical en el que trabajo me decían: "¿Cómo, Jaime Chávarri?", significando que el otro les sonaba más bien poco. "No, hombre. El crítico". "¡Ah!, el crítico que hizo la película de los Panero". "Vale, arráyate una", les comunicaba yo en la línea de larga distancia, mientras ellos recogían la noticia como se recoge a tan distante camino: "Vale, que el relato se llama Jules et Jim, fue rodado en Mallorca, con Lucía Bosé, y fue dirigido por Jaime Camino". "Que no, que esa fue la película del martes". "Bueno, ¿y cuánto era el premio?". "Un millón, un millón". "¿Muchas muchachas mancilladas?". "No. Una sola". "¿Cuál?". "me preguntaba, cándido y voraz el adolescente telefonista. "La literatura", le respondí yo, a punto de perder las últimas monedas de la llamada. ■ SILVESTRE CODAC.



yeron en el "sensualismo", olvidando a los profundos "Galileo, Descartes, Leibniz y Newton". Y hoy añadiría yo el olvido de: Einstein, Heisenberg, Chomsky y Popper, habiendo caído en España —en cambio— en el simplismo de la filosofía analítica del lenguaje admirándolo excesivamente, o en el neoconductismo, que resulta demasiado simplificador

de los problemas del hombre.

En su catálogo de faltas al mundo eclesiástico y católico-oficial pone con razón Marías la falta de "imaginación de la otra vida", y la ausencia de "la filosofía más profunda y rigurosa" en los pensadores eclesiásticos actuales. Todo lo cual produce cuando menos "escalofríos intelectuales". Para Marías, "la reli-

gión tiene que informar esta vida por su referencia a la otra". Y nosotros, en España, no cabe la menor duda que hemos hecho casi siempre dos compartimentos estancos de la una y de la otra, que estaban casi completamente separadas a pesar de que "para el cristiano, lo que cuenta es el destino total del hombre, en sus dos partes inseparables".

Cultura a la contra**Lobotomía, por favor**

Cada vez tenemos menos capacidad para aguantar la tragedia. Debe ser por la inexistencia de un medio que la espectacularice, que la haga asimilable: la tragedia ha abandonado el teatro, el cine, la música, y se ha convertido en un hecho cotidiano, diario, de la calle. Y así no hay manera de vivir: con una tensión constante, con una especie de neurosis de guerra permanente, y sin posibilidad de aliviarla de ningún modo, sin manera de salir de ella. Las emociones afluyen, monstruosas y horribles, y no hay donde descargarlas. El horror de la calle, llena de policías y ladrones, se ve seguido por el horror de los cubículos más o menos privados donde nos refugiarnos, en familia o en pareja, pero siempre irremediablemente solos.

Nos queda una sola solución, claro, la de siempre: la droga, en cualquiera de sus aspectos. Algo que nos haga olvidar la durísima realidad, porque ya no hay cómo canalizarla. De la droga se ha hablado mucho, casi siempre desde un punto de vista ideológico: a favor, o en contra. Y ahora se nos descuelgan Enrique Galán y Nacho P. Piñó con un librito —casi un panfleto—, que se llama "Gastronomía de las Drogas", y que edita Zero-Zyx. Es un libro muy sencillo, bastante mal escrito, y en extremo interesante. Porque estos chicos prescindían de ideologías, precisamente, y se limitan a contar lo que pasa. Y lo que pasa, en ese terreno como en los demás, es bastante desagradable. Nos demuestran que la droga tampoco sirve como pantalla, que los botes de humo sólo los usan los malos, y que cuando los buenos queremos utilizarlos se nos vuelven en contra. Se pasan un poco, claro, porque quieren ser didácticos. El panorama de esta historia horrible que nos dan, queda en exceso ensombrecido. No es verdad que todos los usuarios de coca acaben paranoicos, ni tampoco es verdad que todos los alcohólicos mueran de cirrosis. Todo es un problema de saber usar los productos que tenemos a mano, y de no dejar que ellos nos usen a nosotros. Y todo, en el fondo, es un problema de clases sociales y económicas: no es igual el señor que se fuma varios porros al día, y que tiene su tate riquísimo y nepalí guardado en la nevera para que no pierda propiedades, que el grifote ex legionario que se coloca con "kifli" de quinta o decimoséptima categoría, lo mezcla con aguardiente barato —el mejor aguardiente, por cierto, es el más barato— y luego monta broncas en los bares porque no le quiere nadie.

Además, ya es hora de que se deje de hablar de "las drogas" en general en el mismo libro. Ya sabemos —estamos hartos de saberlo— que el chocolate y la coca no son lo mismo. Entonces, ¿por qué no poner cada cosa en su sitio? Pantallas antirrealidad son casi todas esas cosas, pero también lo son los periódicos, la TV (E), la radio con sus cuarenta principales y toda la información que se nos da. Haría falta un análisis serio y meditado de la droga como medio de información, y de cualquiera de las drogas que conocemos como medios de información diferentes. Porque transmiten informaciones, visiones concretas de lo real; nos aumentan el caudal de datos —casi todos falsos— que tenemos sobre el mundo en que vivimos. Y su uso y consumo está dirigido por la misma trama negra internacional que domina los demás medios de información.

Una de las cosas buenas que tiene el libro de Galán y Piñó, es que también habla de las drogas permitidas, del alcohol y del tabaco, por ejemplo. Porque nadie habla nunca de eso como drogas, por la muy sencilla razón de que están permitidas por la Ley y la Policía no las persigue. O hasta cierto punto: la embriaguez en la vía pública es uno de los supuestos "deltos" incluidos en la siniestra Ley de Peligrosidad Social, pero quien va a la cárcel por ello no es jamás un chico fino y de buena familia, sino el borracho de barrio, el currante o el parado que beben para olvidar la angustia de vivir cada día en un mundo muy difícil.

La droga ha sustituido al espectáculo, y la química se ha convertido en un dios del placer. No soportamos la vida, y tenemos que escapar de ella. Los que somos conscientes de ello pedimos lobotomía, por favor. O una tanda de electroshocks que nos dejen imbéciles para siempre. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Hace algunas consideraciones que resultan de un realismo que a muchos les parecerá demasiado pesimista, pero que debían hacernos pensar: "Nuestro tiempo —dice Marias— se obstina en olvidar que hay males inevitables, que ninguna organización social, política ni económica pueden remediar". ¿Es cierto que hay males imposibles de curar, y ante los cuales el hombre tendrá siempre que considerarse impotente año tras año y siglo tras siglo?

El tema de la utopía realista parece que le escape, así como el análisis de ciertos trabajos importantes de la actual teología. Y, sin embargo, me parece imprescindible leer este libro y meditar sus agudas sugerencias, sobre todo a quien sea progresista, para evitar caer en simplismos e ingenuidades. Si pensamos de otra manera que Marias, sirvanos al menos de llamada de atención su libro, para no ser los españoles tan superficiales ni tan papanatas de cualquier moda intelectual o religiosa. Si hemos de pensar por nuestra cuenta, hagámoslo de verdad y no repitiendo la última frase que está hoy de moda. ■ E. MIRET MAGDALENA.

La triste y cándida historia de una generación cansada

¿Cansada de qué, si no ha envejecido?

La respuesta está en el libro de Rosa Montero *Crónica del desamor*, publicado por Debate, en Madrid, y arropado con una publicidad que se da de bruces con el contenido y la intención del volumen. No se puede subrayar la importancia de un texto literario incitando al lector que debe comprarlo "para amar más a Rosa, si cabe". El amor se hace, se tiene, se ejecuta, se comparte o se niega: jamás se dice. La editorial, responsable de esta publicidad, diagramó su amor con esquemas decimonónicos.

La respuesta sobre la pregunta del cansancio la dan las mujeres que hablan ininterrumpidamente, como seres humanos desencantados, solos, desamados, cargados de responsabilidades fami-



Rosa Montero.

liares, llenos de preocupaciones profesionales, hartos del mundo circundante, acosados por el machismo, eliminados por la estructura que hace que la nuestra sea la sociedad del desamor.

¿Cómo contar la historia de la frustración de una generación de mujeres que se siente así ante la vida, que cobra la conciencia de sexo que jamás existió? Rosa Montero pudo haber adaptado a su dócil tejería literario multitud de retruécanos, influencias, trucos, tics, elementos dramáticos o cinematográficos. Pero prefirió narrar la triste y cándida historia de personas extraídas de la realidad, desde el caso patológico del médico que desconoce los rudimentos más elementales de la anticoncepción, hasta la Olga que vuela —viaja en tren, en autobús, en barco: vuela— a la India para decir adiós a todo esto.

Con esos rudimentos elementales, lo que hizo Rosa Montero fue poner en práctica toda la teoría literaria que se encierra en esta frase fundamental de su libro. El Zorro, un personaje de la noche de Madrid, un ser espectacular que da vida a ese melodrama constante que es la madrugada, se corta las venas en público. Ana, trabajadora en periódicos, enamorada del director de la publicación, madre separada con un hijo pequeño, hace un mohín de indiferencia. "Y Ana se sorprende a sí misma —escribe Rosa Montero— observando con extra-